

Letras en la diáspora. Literatura Judía en Colombia, siglo XX

Letters at the diaspora. Jewish literature in Colombia, twentieth century

Lorena Cardona
lorenacardonagonzalez@gmail.com
Universidad Nacional de La Plata
Argentina

Resumen

En el siguiente texto se hará una revisión analítica de tres obras literarias que narran las peripecias de la integración judía en Colombia: la primera, un libro de cuentos *Gentes en la Noria* (1945), de Salomón Brainski¹; la segunda, un documento recopilatorio de vivencias, desarrollado en dos tomos: *Yo vi Crecer un País* (1974) y *Crónicas testimoniales colombianas* (1982), escritas por Simón Guberek² y, finalmente, una novela: *El Rumor del Astracán* (1991), de Azriel Bibliowicz.³ Estos tres tópicos servirán de base para trabajar una narrativa diversa en Colombia. Si bien los mismos se enmarcan dentro de géneros distintos y sus temporalidades son relativamente distantes,

¹ Salomón Brainski (1902-1955) es un intelectual polaco de Zelechów, acuciado por las persecuciones del nazismo, llegó a Bogotá siendo un adolescente por los años 1934, falleciendo en 1955. Al llegar a Colombia, combinó su trabajo mercantil y artesano con la producción de algunas obras literarias, la más reconocida en el ámbito colombiano es *Gentes en la Noria* (Brainski, 1973).

² Simón Guberek nació el 10 de julio de 1903 en Zelechów y murió el 21 de mayo de 1990 en Bogotá. Vivió en su pueblo natal hasta 1921 cuando viajó a Israel (Estado de Palestina) para radicarse en Tel-Aviv, donde trabajó como obrero en la construcción de calles y fundó un equipo de fútbol. En 1928 regresó a Polonia, pero la difícil situación de la comunidad judía lo llevó a emigrar a Colombia, país al que llegó el 20 de enero de 1929 por el puerto de Barranquilla. Radicándose en Bogotá conoció a Lili (Lola) Rabinovich, nacida en Rumanía, con quien se casó el 31 de marzo de 1930; de esta unión nacieron tres hijos: Lía (1931), Esther (1924) e Isaac (1936) (Guberek, 2009).

³ Azriel Bibliowicz nació en Bogotá en 1949. Estudió sociología en la Universidad Nacional de Colombia y terminó su licenciatura en 1973. Continuó estudios de postgrado en la Universidad de Cornell, Estados Unidos, donde obtuvo un PhD. en sociología y comunicaciones el año 1979. Realizó además estudios suplementarios en literatura en el Departamento de Lenguas Romances. Ha sido profesor de sociología, comunicaciones y literatura en las universidades: Nacional, Andes, Javeriana, Valle y Externado de Colombia. En la actualidad es Profesor Asociado de la Escuela de Cine y Televisión en la Facultad de Artes de la Universidad Nacional, donde enseña autores clásicos (Orrantía, 2012).

funcionan como una apertura temática interesante que le da cabida a una comprensión más compleja del fenómeno migratorio judío y sus correlaciones con una cultura local.

Palabras clave: Literatura judía – Colombia – Diáspora – Ciudad - Desterritorialización.

Abstract

In the following text there will be an analytical review of three literary works that narrate the vicissitudes/peripecias of Jewish integration in Colombia: the first, a storybook *Gentes en la Noria* (1945) by Salomon Brainski, the second one is a compilation document of experiences, developed in two volumes *Yo vi crecer un país* (1974) and *Crónicas testimoniales colombianas* (1982) written by Simon Guberek and finally a novel *El Rumor del Astracán* (1991) by Azriel Bibliowicz. These three topics will be the basis for a different narrative work in Colombia, even if they are part of different genres and temporalities relatively distant, they function as an interesting opening theme that gives room for a more complex understanding of the Hebrew migration phenomenon and its correlations with local culture.

Keywords: Jewish Literature – Colombia – diaspora – city – deterritorialization.

Tres visiones, tres autores

Dentro de la literatura colombiana, las producciones hechas por extranjeros no son muy copiosas. De una saturación narrativa surgida en el siglo XIX por viajeros, que con su pluma hablaban de una Colombia sinuosa, montaraz, calurosa y difícil, con gentes pintorescas y amables, se pasó a una ausencia prolongada en el siglo XX, donde vendrán escrituras exiguas, más emergentes y comprometidas no solo con el acontecer nacional sino con las perspectivas de un mundo cambiante, industrial, urbano y peligroso.

Es en este contexto donde aparece la obra de Salomón Brainski, la cual introduce una cuentística corta, de lectura sencilla y atrapante, que da una vista desconcertante de la Bogotá de los años '30 y '40; una mirada capitalina de la mano de un inmigrante judío polaco.⁴

La escritura de Brainski acentúa elementos autobiográficos de un escritor que se siente extraño y sacudido por los vaivenes de la historia, que lo obligan a dejar su patria natal e instalarse en un lugar con el que tiene muy poca o ninguna conexión. Escrita en *yidish*⁵, dirigida a un público cerrado, divulgada en fascículos y en diarios cubanos -*Páginas de La Habana*- o en editoriales argentinas -*Editorial Judaica*-, paradójicamente se inscribe como una de las primeras narrativas urbanas en Colombia. Sus cuentos hablan de *Gentes en la Noria*, en la pobreza, en la desgracia; personas excluidas y marginadas con las que día a día comparte su destino. Es un libro de trayectos vivenciales construido por las calles sin pavimentar del sur de Bogotá. Brainski es un comerciante ambulante⁶ que de puerta en puerta ofrece sus bártulos a hombres que no hablan su idioma, que viven del día a día, para las que el dinero y la riqueza son cosas distantes. Gentes a las que la fortuna le ha sido esquiva como a él.

⁴ Cabe destacar que esta no es la única obra literaria producida por una pluma judía en Colombia. *La María*, de Jorge Isaacs, publicada en 1867, es una novela sentimental en la que dos desdichados personajes -Efraín y María- se enfrentan a un amor imposible, en la que elementos como la pasión, el dolor y la muerte acompañan un relato que se desarrolla en escenarios naturales y bucólicos, con una narrativa costumbrista e idílica. Si bien esta obra es parte de las joyas de la literatura colombiana, ningún lector desprevenido puede ver en ella la impronta de la migración, del exilio o del judaísmo del autor. Por el contrario, es un texto escrito en español, con fuertes rasgos rurales y vinculados al espíritu narrativo del tiempo. (Rueda Enciso, 2011).

⁵ Dialecto de los ashkenazím.

⁶ Los términos utilizados para hacer referencia a la práctica de la venta ambulante de los judíos tiene sus matices nacionales. En Colombia, como en algunas zonas de Centroamérica, este tipo de comercio es desarrollado por los *Klappers*. Asimismo, la acepción nacional vinculada al destino de llegada -mayoritaria desde Polonia- hizo que al sistema de fiado se le haya denominado “plazos polacos” (Sourdis Nájera, 2011, p.167). Esta acepción cambia en Argentina, donde este oficio es ejercido por el *cuenternik*. La figura del ambulante es recurrente en la literatura judía latinoamericana como aquel oficio pesadoso que muchos hombres llevan a cabo en busca de fortuna y mayor estabilidad económica. En los relatos del vendedor a plazos siempre existe una referencia nostálgica de un oficio amargo, que se enfrenta con otras pasiones y angustias como la familia, el recuerdo de la tierra y la tradición, y el amor por las letras. “Se hace *cuenternik* y muy pronto un próspero comerciante instalado que logra abandonar rápidamente la habitación de conventillo y consigue poseer casa propia. Y si la fortuna comercial no le acompaña, es porque extraña más los libros que recorrer las calles de Buenos Aires” (Senkman, 1983, p.79). Los ejemplos son ricos en los libros de autores latinoamericanos, como la novela del peruano Isaac Goldemberg (1980), *La vida a plazos de Don Jacobo Lerner*; la obra del escritor costarricense Jacobo Schifter (2013), *Hitler en Centroamérica*, el texto del argentino Samuel Pecar (1958), *La generación olvidada*, o los cuentos de Bernardo Kordon (1978), en *Manía ambulatoria*.

El segundo texto, un poco más alejado del contexto de Brainski, es una construcción de crónicas en las que su autor, Simón Guberek (1974), explora las distintas fases de su trasegar por tierras colombianas. *Yo vi crecer un país* es la sentencia presencial de un escritor extranjero que sobre su retícula observa el cambio y mutación de una patria ajena que lo acogió desde los años veinte. Esta es la memoria de un país que inició el siglo de ruana, pañolón y alpargatas y claudicó en una nación moderna de paño, sobretodo y zapatos. La analogía de la ropa no es en vano, precisamente porque, tanto Guberek como Brainski, se ganan la vida vendiendo telas, vestidos y cueros, materiales que solo usaba la naciente burguesía bogotana, y que incluso ellos (los judíos), hicieron posible que la faz de la nación se democratizara con el acceso a elementos y materiales que la gente común jamás hubiera usado o adquirido.

Colombia en mi rueca, subtítulo original de la obra, da cuenta de cómo una nación se desenvuelve hilvanándose y tejiéndose en la escritura de Simón Guberek. También escrita en *yidish*, su divulgación trascendió los ámbitos judíos para posarse en el espacio colombiano de una mayoría que deseaba saber su contenido. Su traducción fue una empresa colectiva en la que el poeta colombiano Luis Vidales ajustó y refinó los elementos compositivos para la lengua española:

Ni bien me interné en la lectura de los papeles de don Simón, me encontré ante un escritor. No tenía, es verdad, destreza en el idioma en el que ahora pergeño estas notas. Para ser franco, en muchas ocasiones la expresión era imprecisa, la frase mal construida, o el mensaje se hallaba por debajo del nivel literario, obstruido por detalles de poca o ninguna importancia. Pero, debajo de todo esto, un escritor de ojo excelente, con una manera poco usual de darle a las cosas un toque de gracia, un giro de humor o un modo muy original de enfocar hombres y cosas, estaba enfrente de mí. (Vidales, 2009, p.17)

El último texto considerado es *El Rumor del Astracán* del autor Azriel Bibliowicz, corolario dentro de las narrativas judías aquí consideradas. Su novela aparece como un

bálsamo renovador en la literatura de los años noventa en Colombia, colmada por las obras del nobel Gabriel García Márquez. Su construcción, claramente original, es un relato dirigido a modo de guion cinematográfico -109 secuencias-, en el cual podemos encontrar las peripecias de dos judíos polacos -Saúl y Jacob-, para arribar a Colombia en busca de fortuna y huyendo de un estricto servicio militar en Polonia. A diferencia de los autores arriba mencionados, Bibliowicz es un hijo de inmigrantes judíos y su narrativa se distancia a más de cuatro décadas de la de Brainski y Guberek. Este es un libro editado en español, para un público variado que accede por medio de la novela histórica a la realidad de la migración en Colombia.

Es importante destacar, que la elección de estos textos no es de ninguna manera arbitraria, un elemento coincidente en las tres es que desarrollan sus narrativas en el contexto colombiano de los años '30-'40, en donde una incipiente migración hebrea se mezcló con el ambiente urbano colombiano y produjo una perspectiva distinta de país. Asimismo, las tres obras desarrollan elementos tales como: el exilio, la consolidación de una pequeña, pero activa comunidad judía en Bogotá con sus dificultades, y el enfrentamiento con un país conservador -católico- y poco receptivo a la migración. En las tres reside una trama creativa donde la tradición y la asimilación se entrelazan en los modos de vivir, conjugados de nostalgia, desesperación, alegrías pasajeras, ilegalidad y codicia.

Como literaturas alternativas, las narrativas judías aquí presentes convocan a lectores alternativos, estos desarrollos corresponden como diría Antonio Cornejo a modelos de apropiación metropolitanos que inscriben “formas de lecturas de lo propio y lo ajeno en los procesos de creación literaria” (Cornejo citado por Tarica, 2009, p.133).

A tal efecto es el mismo Cornejo quien introduce la noción de literatura heterogénea para hablar de aquellas obras “cuyos elementos constitutivos no pertenecen a los mismos universos culturales” (Cornejo citado por Tarica, 2009, p.133). En este sentido, los tres trabajos literarios se ajustan a este concepto, puesto que sus producciones, sus referentes, su circulación y su recepción pertenecen a distintos escenarios de la cultura. No obstante, su lectura es una herramienta de gran valor para comprender las formas en que se representa literariamente la migración en Colombia.

Literatura desterritorializada

La literatura, como bien afirma Raymond Williams (2003), es una palabra difícil en razón a que sus significancia contemporánea es más convencional en uso que en sentido. La habilidad de leer y de escribir no agota los recursos de la experiencia, la clave está estrechamente vinculada con la posibilidad de hacer un producto cultural susceptible de ser leído. No obstante, la literatura, como la mayoría de las expresiones de la cultura, tiene una vocación que trasciende los márgenes de su forma. En este sentido plasmar en un texto expresiones, palabras y gestos nos aportan una manera de ver el mundo, una expresión de la conciencia, un testimonio de los acontecimientos y una manera en que la subjetividad del autor impregna el tiempo y el espacio desde donde narra. Toda literatura es también un proyecto estético en busca de una respuesta, es una forma de comprensión que se halla en lo innombrable, en lo inconcebible y en lo inexplicable. Una sensación que no se agota cuando quien escribe lo hace desde su carácter extranjero y habla de sí mismo en tierras extrañas y opuestas:

...éramos jóvenes, teníamos ideales y anhelábamos “*hacer América*”⁷, sin embargo, nuestras almas clamaban por alimentos de más peso... Entonces, comenzamos a llevar el ‘fiambre espiritual’: obras de nuestra literatura *yidish*. Recitábamos y leíamos en voz alta fragmentos de Peretz, Liesin, Raizin y Nomberg, y la dicha era completa. (Guberek, 2009, p.244)

La escritura no es únicamente una defensa contra el olvido, es una forma de certificar la experiencia, dejar huella, marcar una impronta indeleble en las páginas de la historia. Sin embargo, no todas las literaturas son situadas, no todas gozan de un terreno fijo donde cimentarse; las letras traspasan su pretensión de estabilidad escrita y se transportan en las maletas de miles de hombres que llevan consigo un cúmulo de recuerdos, sensaciones, partidas y desilusiones. La literatura es para el extranjero un pedazo de papel que lo confronta con un nuevo descubrir; cada palabra esta prendida de aprendizajes, negaciones y malentendidos con los otros hablantes, otros residentes, otros habitantes. Escribir “es refundarse como individuo en un contexto radicalmente

⁷ La cursiva es de la autora.

diferente; y todo ello como expresión -artística- de lo vivido y narrado en propia carne” (Ruiz Sánchez, 2005, p.104).

Estas escrituras nacidas en la distancia y en el exilio dan cuenta de una narrativa dislocada y desterritorializada. La desterritorialidad es una figura que ha acompañado al hombre desde tiempos inmemoriales, la idea del desplazamiento no solo conjuga una perspectiva de vida en movimiento, sino que también instala un posicionamiento en nuevos escenarios. Desterritorializarse es plantear una relación con el suelo, plasmar el cambio con otras referencias en tanto bienes, símbolos e imaginarios (Vilanoba, 2009), es hablar de una memoria y de un anonimato que incita a la huida y perturba la llegada.

El territorio es algo más que una explanada física, se inscribe en los sujetos porque los nutre de sedimentos significativos, de relaciones y de pretensiones, es una estructura porosa y plural donde los seres humanos fijan sus identidades. Según la definición de Deleuze y Guattari:

Los seres humanos, estamos siempre rodeados internamente de territorialidades diversas, algunas imaginarias, ya que el territorio es entendido como subjetivación, expuesto permanente a ser desterritorializado, lo que significará que se abre, que huye de sí mismo, se parte o destruye. De manera indisociable, puede volverse a reterritorializar, en un proceso de recomposición del territorio, aunque siempre en un proceso que lo transforma (Deleuze y Guattari citados por Vilanoba, 2009, p.79).

La desterritorialización se asocia con la idea de pérdida, de fractura de las relaciones con un medio natural como es el geográfico, de allí que este concepto sea nodal a la hora de trabajar con migraciones, pues la mayoría de los migrantes se ven compelidos a desprenderse de su patria y refundarse en otras, instalarse y relocalizarse espacial y simbólicamente en otros mundos.

La personas que migran “sacan de su territorio” prácticas culturales, estéticas, percepciones y actitudes, que al “insertarse en otro territorio” se ven modificadas y

reformuladas en muchos sentidos (Vilanoba, 2009, p.80). Estas actitudes son las que posibilitan que el extranjero/migrante se reconfigure en la lejanía y se recomponga de la pérdida y de la ausencia de sentido. Su ligazón con el pasado tiene que ver con instalar una memoria territorial y colectiva que los preserve, conservando y cediendo aspectos culturales para no perecer como comunidad. Factores como la lengua, la religión, la comida, el vestido, la política y las prácticas culturales fijan una permanencia móvil, que al tiempo, les permite negociar su estadia e integrarse:

...Y la integración bogotana comenzó en mesas polacas. Recién llegado a la capital, Max Szapiro anduvo, como tantos de nosotros, con un fardo de mercancías al hombro; meses después, y quizás para recordar sus tiempos de panadero en Varsovia, fundó un restaurante en su casa (...) Ese restaurante, se convirtió en el primer centro de reuniones de nuestra colonia. En unión de doña Chavita, su encantadora esposa, brindaban calidez y hospitalidad a los asistentes; no era raro encontrar allí platos típicos de diversos países, que alegran el corazón con el sabor de la tierra, vinos, vodka y el espirituoso de 90°, marca Bachefsky. Don Max presidía inolvidables tertulias en las que recordábamos nuestra niñez, los grandes reveses, los pequeños éxitos y los planes del porvenir. Conformábamos una democracia proletaria y, tanto las comidas como las conversaciones, eran abundantes y picantes. (Guberek, 2009, pp. 67-68)

Otra forma de integración con una realidad diversa es la literatura, las relaciones interculturales se expresan y se leen de múltiples maneras. Un nuevo horizonte territorial ofrece un nuevo espacio narrativo; una literatura transfronteriza, que propicia intersticios y contactos. Esas escrituras son a las que apelan estos tres trabajos de migrantes colombianos.

Como bien lo expresa Ana Ruíz Sánchez (2005), las escrituras migrantes o desterritorializadas comportan ciertas singularidades temáticas: según sus autores, el contexto en el que se migran, el lugar del que se escriben y los círculos generacionales que ven atravesadas sus trayectorias familiares en una nueva patria. Un primer movimiento al que Ruíz Sánchez se refiere es al del espacio monolingüístico, aquí aparecen algunas obras dispersas que conservan la tradición idiomática de origen, en este caso los textos de Brainski y Guberek escritos en *yidish*, los que responden a este principio, apareciendo algunos patrones de conservación, al tiempo que documentan una dificultad idiomática en su lugar de asilo.

El pensamiento de mi padre⁸ estaba animado, de igual manera, por el cultivo del espíritu, que sólo es posible mediante la comunicación: lectura, conversación y escritura. Como ávido lector desde su niñez, y apasionado contertulio en su juventud, conoció los dos primeros ámbitos cuando llegó al país... Aunque en *yidish*. Otra lengua; esa fue la gran barrera al iniciar su nueva vida. Lejos de acobardarse, la asumió como reto adicional: sus nuevas raíces también serían espirituales. (Guberek, 2009, p.14)

Es en esta misma perspectiva donde aparece la tematización del exilio, como el patrón de éxito aportado por las riquezas en países en donde todo está por hacerse: “*hacer América*”⁹.

⁸ La nota filial del libro *Yo vi crecer un país*, está escrita por su hijo Isaac Guberek, de aquí se toma esta cita.

⁹ Según la afirmación de Leonardo Senkman (1983): “El afán compulsivo por el ahorro, y la obsesiva convicción de que el dinero depara la única seguridad del inmigrante judío, (este) es un motivo recurrente en los escritores judíos modernos. No hay que confundir, sin embargo, esa afiebrada tenacidad con aquella otra sed insaciable de “*Hacer la América*” que quemaba a todos los inmigrantes por igual. Salomón Brainski pone en boca de Abraham Iujtman ese consejo a su amigo Motel Zlates cuando apenas llegaba a Colombia: ‘Tienes que desechar todas las tonterías y tener fija en tu mente una sola cosa: dinero, dinero, y otra vez dinero. Si no estás perdido para siempre’” (p.101).

Emigrar... En nuestra aldea eran desconocidos los pueblos americanos, sus condiciones vírgenes para empresas e iniciativas, y los maravillosos frutos que premiaban el esfuerzo. En los años veinte, una masa inmensa fue arrancada de su ámbito nativo, y esos más de tres millones de criaturas vislumbraron sus esperanzas en ultramar, en las costas del Nuevo mundo. Entonces, el destino misterioso llegó a la comunidad errante, hacia jóvenes países latinoamericanos. Primero fueron Argentina, Cuba, Chile; luego, México, Venezuela y Colombia; por último, los de Centroamérica. Todos fueron puntos de llegada para las pequeñas colonias que crecerían con el tiempo. (Guberek, 2009, p.43)

Otro elemento a destacar, como coincidencia temática de las literaturas desterritorializadas, es la asociación de la migración con el conflicto y una resolución posible otorgada por un desplazamiento: “como única salida para un proyecto de vida determinado al que el entorno niega el espacio vital mínimo para su existencia. Sólo la ‘exportación’ de dicho proyecto hacia un nuevo contexto existencial le garantiza unos mínimos de viabilidad” (Ruiz Sánchez, 2005, p.105).

Llegó un día en el que la gente fue arrebatada por la locura. Vecinos con los cuales hace tiempo vivía en paz, saludándose diariamente, empezaron a evitarlo y lo miraban con ojos inyectados de odio. Una mañana un piquete de atrevidos mozalbetes se apostó a la puerta de su almacén e impidió la entrada de sus clientes, por el gran delito de ser “judío”. Y cuando el primo mandó un permiso con el pasaje, el viejo Moisés, con sus 50 años, dejó todo y llegó a América. (Brainski, 1945, p.57)

Grave es para el alma del hombre cuando todo un país comienza a saber a ceniza (...) la palabra emigrar se oía en todos los labios. Huir de la hecatombe, sacar la nariz hacia olores más limpios, fue el ansia de miles de seres. (Guberek, 2009, p.40)

Un tercer y último movimiento de estas literaturas, tiene que ver con su producción bilingüe, en algunos casos llevada a cabo por los migrantes, pero en su gran mayoría, producida por la generación de estos mismos. Si bien estos escritores han nacido con la lengua del país receptor y han heredado la experiencia de desterritorialización de sus padres, al tiempo que su entorno intercultural, sus narrativas esta colmadas de una memoria histórico-cultural más rica y compartida, pertenecientes a diversos ámbitos nacionales y lingüísticos. Es en este espacio donde podemos encontrar una obra como la de Bibliowicz, impregnada claramente de factores culturales heredados, pero tanto su escritura como su difusión, convocan a una pertinencia nacional colombiana más amplia, que se mira más allá de sus especificidades culturales latinoamericanas.

Palabras en la diáspora

Vivir más allá de los límites, traspasar los confines, hablar de una vida cruzando las fronteras. Los sujetos diaspóricos desarrollan estrategias y alternativas para comprender la raíz de su desplazamiento, de su destierro, de su expulsión. La palabra diáspora, históricamente asociada al exilio judío o a la migración forzada de los africanos, ha sido un presupuesto de sin igual importancia para explicar fenómenos de población en movimiento que en su gran mayoría huye de condiciones adversas.

Sin embargo, esta definición no agota la potencialidad de este concepto, puesto que el mismo trasciende las causas de la huida y nos habla de una gran diversidad histórica y cultural que los migrantes conservan en su salida y aportan en su llegada. Las poblaciones diaspóricas, según la definición de William Safran, comparten algunas características relevantes:

(Una) dispersión desde el lugar de origen a una o más regiones extranjeras;
manifestación de una memoria colectiva o mito sobre la tierra de origen *homeland*;

sentimiento de alienación o aislamiento parcial o total de la sociedad que los hospeda; una visión de la tierra ancestral como el verdadero hogar, al cual poder regresar cuando las condiciones sean apropiadas; un compromiso colectivo respecto de la seguridad y prosperidad de la madre patria; y algún tipo de relación personal o indirecta con la tierra natal, que define la conciencia de comunidad étnica. (Safran citado por Germani y Obert, 2012, p.4).

Asimismo, la noción de diáspora está claramente ligada a los nuevos comienzos, es decir, la expulsión no es un punto muerto, es un proyecto de partida que se desarrolla en un nuevo espacio físico y cultural. No obstante, este llevar a cabo no es una posibilidad simple. Afincarse en un lugar y echar raíces en él presenta fuertes exigencias al migrante, aprender un nuevo idioma, ganarse la vida, construir un hogar, conservar las tradiciones, procurarse unas fuentes mínimas de protección y seguridad.

En la consecución de estos elementos se transita por la solidez de vínculos sociales como por el aislamiento y la soledad, que de vez en vez ratifican la no pertenencia, la añoranza y el destierro. Las organizaciones colectivas, las asociaciones culturales, las reivindicaciones patrias, la familia y los tropiezos interculturales hacen que la experiencia diaspórica sea una de las más ricas y edificantes, al tiempo que sea un ejercicio desafiante que se resuelve día a día.

Las líneas se trazan desde el momento mismo en que el salir del espacio geográfico se vuelve un imperativo, el momento presente excede las posibilidades reales de llevar la vida, y el horizonte se expande en el tiempo y en el espacio:

El país (Polonia) estaba desbaratado y sin esperanzas. En las guerras del nuevo conquistador¹⁰, la economía cayó en un dos por tres; largas colas se parapetaban en

¹⁰ El contexto de esta cita se desarrolla en el periodo entreguerras, momento en el que Polonia por primera vez adquiere su independencia (1919) después de 150 años de repartición entre Austria, Prusia y Rusia; y, el advenimiento de una nueva ocupación, como la alemana, obligará a que miles de ciudadanos polacos se vean en la imperiosa necesidad de salir del país.

las panaderías, en las tiendas y en los baños turcos, cada cual con su tarjeta de racionamiento en la mano. Entre conseguir el pan y morir de hambre no había ya ni un paso... Pero eso no fue nada; la vasta población de los talleres, zapaterías, sastrerías, talabarterías, peleterías, curtiembres y demás pequeños centros manufactureros debían trabajar para los alemanes; y como los alemanes, cuando apabullan tierra ajena, sólo piensan en "mil años de dominación", ordenaron elaborar y construir cosas permanentes para su provecho. Polonia se convirtió en un túnel de confusión y anarquía; los únicos derroteros eran cargas tributarias y persecución a los judíos. (Guberek, 2009, p.38)

Entre los interrogantes que alertan a la diáspora está la cuestión de saber dónde ir, dónde parar y qué destino traerán otras tierras. Colombia en el imaginario de muchos migrantes y, en este caso, en el de los judíos, aparecía como una referencia limitada, lejana e ignota -en comparación a otros polos migratorios más concurridos como el norte o el sur de América-. Sin embargo, las políticas de cuotas migratorias establecidas por países como Estados Unidos o Palestina y las restricciones implantadas en Argentina, impulsaron a orientar la migración a otros parajes con mayores flexibilidades y "menos" incertidumbres.¹¹

¹¹ Antes de la Segunda Guerra Mundial, muchas de las iniciativas tendientes a encontrar un refugio seguro para las víctimas del nazismo se centraron en América Latina. Según la sentencia de Haim Avni (2003): "En marzo de 1935, James G. McDonald, Alto Comisionado de la Liga de las Naciones para Refugiados de Alemania, junto con el historiador Samuel Guy Inman, famoso experto en América Latina, recorrieron las repúblicas latinoamericanas en busca de un nuevo hogar para unas 30.000 personas que habían huido de Alemania y no podían radicarse en los países europeos vecinos. El informe sometido por esos enviados revelaba una desproporción entre la potencialidad de absorción y la disposición a ayudar a las víctimas. Mientras que en los países más desarrollados, Argentina y Brasil, las posibilidades potenciales eran mayores que la disposición de sus presidentes, ministros y funcionarios relevantes a ofrecer asilo a los perseguidos, la situación se invertía en las repúblicas menos desarrolladas" (p.19). Esta última afirmación aplica para países como Colombia, cuyo estado de desarrollo económico no se compadecía con el de otras naciones y cuya disponibilidad migratoria fue posible hasta la ruptura de relaciones con Alemania después del bombardeo a Pearl Harbor (1941). Un caso a destacar en el texto de Avni (2003) es el de Argentina, la cual "implementó su draconiana política inmigratoria precisamente en la época de la Conferencia de Evian (1938), y la endureció aún más en los meses subsiguientes. Aunque los judíos no eran explícitamente mencionados en esas reglamentaciones, es obvio que las mismas se referían a ellos (y a los republicanos españoles refugiados). El gobierno del presidente Roberto Ortiz, de tendencias democráticas, defendió esta política discriminatoria en el Congreso aduciendo que la legislación argentina no reconocía la categoría de 'refugiado', y que los refugiados, por el hecho mismo de que su emigración es forzosa, no constituyen inmigrantes voluntarios y permanentes. Otro argumento

“- Jacob salió preocupado. Jamás soñó con viajar a América.
- Colombia...nunca escuché hablar sobre ese país. Ni se dónde queda.
- Mejor. Si hubieras oído hablar de él, quien sabe si nos dejarían entrar -contestó Saúl”.
(Bibliowicz, 1991, p.15)

La palabra Colombia también aparecía en mis sueños. Hasta quería sentir impulso de tomar mi bordón para abandonar el mundo de Dios. Lo que en el pasado fue casual, vago y nebuloso, hoy es bastante claro, hoy es Colombia, tierra que nos acogió para levantar un hogar, de renacer y ver crecer a nuestros hijos. (Guberek, 2009, p.42)

El tránsito, el viaje, el desembarco son también elementos en los que las narrativas enmarcadas en las diásporas se encuentran. El nuevo lugar se plantea como un panorama hostil y desconocido, todo es nuevo: sus gentes, sus colores, sus aromas, sus calles. Una atmósfera apabullante, en la que el extranjero sacudido por el clima tropical, se pierde entre las multitudes, capturando fragmentos de una nueva vida:

Hace como ocho años, en una tarde triste el ferrocarril del Atlántico lo escupió sobre la ruidosa estación atestada de gente. Después de cinco minutos de sufrir empujones, en medio del ruido ensordecedor en la estación repleta. Motel quedó solo, con sus dos usadas maletas en la mano. Cayó la noche. De los cielos plomizos, que de una vez se convirtieron en negros, caía una lluvia fría y punzante que con un sinfín de melancolía atravesaba el espíritu. Estrujando un pedazo de papel en el que llevaba apuntada la dirección de un paisano, erró por las calles húmedas, escasamente iluminadas; por momentos detenía a cada transeúnte, que con amabilidad se esforzaba

importante era el carácter urbano de la mayoría de los posibles inmigrantes judíos, mientras que la legislación existente daba preferencia a elementos rurales” (p.24).

por orientarlo, pero de cuyo lenguaje no entendía ni media palabra. (Brainski, 1945, p.112)

Estas fracturas provocan que el destierro conserve una naturaleza traumática, la tierra perdida sigue enmarcando los referentes hallados en los textos aquí analizados. El extrañamiento se suma a una constante nostalgia por lo(s) que se queda(n):

A pesar de todo eso, de vez en cuando, no sabiendo cómo y de dónde, de repente a su alrededor surgían ante sus ojos cuadros de su lejano hogar. A veces era el gran solar de la sinagoga, en donde los sábados por la tarde corrió descalzo y se echó piedras con otros muchachos; a veces era el riachuelo con su vecino prado, en donde pasó medios días de verano cuando se fugaba del *jeder* -escuela primaria religiosa-, y a veces no era sino la plaza cuadrada del mercado, la casa vieja, ya semi hundida y en ella el rostro apagado y apergaminado de su mamá, o el sonido gutural de la voz de su padre. (Brainski, 1945, p.117)

No obstante, entre estas vacilaciones que produce la evocación, también surge la conciencia de hallarse en un lugar que les brinda otras oportunidades. Claramente Colombia no fue el país de los sueños de muchos migrantes, pero terminó convirtiéndose en la nación en donde la mayoría de sus aspiraciones se hicieron posibles:

A decir verdad, el viejo Moisés no tiene queja de este país. Las gentes son amables. Nadie le arrancaría las barbas, como hicieron unas veces allá. Cierto es que a veces, cuando golpea en alguna puerta, le dan con ella las narices. Pero no en pocas ocasiones ocurre también que lo dejan entrar, le piden que descanse y las señoras de edad le preguntan cómo vive, de donde es, que tanto se amaña y si allá lejos está bien la familia. Con todo, alguna cosa le pesa en el corazón al viejo Moisés y siente

que algo le hace falta. Por ejemplo, le hace falta la sinagoga, donde siempre se encontró con sus amigos a la hora del crepúsculo. Tampoco existe aquí ese sábado, cuyo dulcísimo silencio se expandía sobre el pueblecillo, desde cuyas ventanas alumbraban las bujías sabatinas. Sí. El país es bueno para gente joven, capaz de echar raíces; pero él, a su edad, se siente profundamente enraizado a sus lejanos lares, y le es difícil trasplantarse. (Brainski, 1945, p.58)

En su acepción más precisa la diáspora es también entendida como dispersión, lo cual conduce a la analogía bíblica de diseminarse como semillas en la tierra, fundar una nueva cultura, un nuevo hogar “términos etimológicamente emparentados con palabras como cultivar, habitar y proteger” (Briceño y Castillo, 2009, p.83). Establecerse y crecer, extender su modo de vida en Colombia es una forma de asentar la partida, aquí es donde la reterritorialización toma forma y paulatinamente comunidades dispersas se integran en pequeños grupos, que a la luz del tiempo, le darán forma a ricas colectividades:

La adaptación al ambiente del pueblo o del país, en cuyo medio habitan, constituye para los judíos no solo una medida de protección exterior, sino también una íntima necesidad. Un anhelo de patria, de tranquilidad, de sosiego, de seguridad, de no sentirse extraño, los impele a unirse con pasión a la cultura de su medioambiente. (Zweig citado por Guberek, 2009, p.65)

Restaurantes, panaderías, carnicerías, tahonas y librerías son los lugares que comienzan a trazar las nuevas cartografías de la comunidad judía en Bogotá, centros de acopio y recogimiento, espacios para compartir las nuevas experiencias, para hablar de política y de economía, para sacudirse el polvo de la dura caminata, para despejar la jornada con comida caliente y una conversación amena, hacer las cuentas del diario y sumar los ahorros para traer a los que están lejos:

Nuestras conversaciones giraban alrededor de temas graves, relacionados generalmente con las familias y el pueblo hebreo. Soñábamos con traer al padre, a la madre, al hermano, a la hermana, al pariente, al amigo; nos preocupaba la situación que afrontaban. Para nosotros, “hacer América” era integrar la familia y reconstruir los hogares despedazados. Ese era nuestro anhelo supremo. Convertirnos en millonarios estaba por fuera de cálculos y ambiciones. (Guberek, 2009, pp.67-68)

Paulatinamente el paisaje se fue enriqueciendo y las necesidades espirituales hicieron su llamado: un cementerio, una sinagoga y un rabino son los componentes infaltables en el sedentarismo hebreo:

Reb Motel Lifsic dedicaba media jornada a su carnicería; la otra mitad se la entregaba la pedagogía de la religión y las tradiciones judías, con especial atención a los jóvenes en víspera de cumplir 13 años, edad para el *Bar Mitzvá* -literalmente: Hijo del Mandamiento, una de las bases profundas del judaísmo-. Durante más de tres lustros, e inspirándose en la *Torá*, esas y otras misiones... Incluyendo el matrimonio del autor de estas crónicas, debió cumplir el señor Lifsic, pues carecíamos de rabino formal. Sólo hasta 1946, por gestión del señor Isumer Goldsteiny, el suscrito, obtuvimos la aprobación del Ministerio de Relaciones Exteriores para traer al rabino Eliecer Roitblat; mientras tanto, el querido Reb Motel no faltó nunca a la sinagoga, participando con entusiasmo y espiritualidad en las reuniones, en el *lejaim*¹² para pensar en el Todopoderoso y gozar de su gracia la buena compañía de todos los amigos creyentes. (Guberek, 2009, p.87)

¹² A la vida, salutación o brindis al tomar alguna bebida alcohólica.

(Esto corrobora que) “el viaje de las poblaciones diaspóricas no es un simple paso superficial por el lugar. Por el contrario, ellas cuestionan y transforman los territorios a los que llegan, aun cuando -a diferencia de la imagen tradicional del migrante- su compromiso con el lugar no sea profundo” (Briceño y Castillo, 2009, pp.84-85).

Por otro lado, la identidad se despliega en el contacto y en el recuerdo de un imaginario cultural compartido, “elementos como el vestuario y la alimentación se convierten en prácticas cotidianas incuestionables (...) que son valoradas y constituyen poderosos vínculos afectivos” (Briceño y Castillo, 2009, pp.84-85). Los universos habitados de alguna forma marcan la extrañeza, los lugares se fundamentan desde las prácticas culturales y desde los enfrentamientos que se tienen con ellas. Una relación intercultural también se expresa en los modos en los que se transa la diferencia, por ejemplo, las visiones nativas también aportan elementos interesantes para hablar de las zonas de contacto que se establecen con los extranjeros como los enfrentamientos con ellos:

Gladys¹³ no lograba digerir las costumbres de la casa. Las dietas religiosas dominaban la rutina, pero eran incomprensibles. No entendía a que respondía la imposición de separar la carne de la leche o porque sí mezclarlos con pescados. Trató de indagar, pero sus preguntas no hallaban respuesta (...) Por un lado, comprendía que las gallinas se catalogaran como carne dentro de la dieta religiosa. Pero no dilucidaba qué los llevaba a sostener que los huevos, provenientes de las gallinas, no lo fueran. Y por lo tanto era permitido cocinarlos en platos de carne o de leche, según la ocasión. Sin embargo, si mezclaban carne de gallina con leche era seguro. Tampoco acababa de entender por qué el pescado, siendo animal, no era carne. Y por consiguiente también podía cocinarlo con platos de leche. ¿Quién descifraba sus extrañas costumbres? ¿Quién los adivinaba? (Bibliowicz, 1991, p.141).

¹³ En el libro *el Rumor del Astracán*, Gladys es la ayudante de cocina de la matrona judía de la pensión familiar en la que viven Jacob y Saúl.

Tejiendo Calles

El cielo era espléndido, parecía que le hubiesen lavado la cara; el clarísimo azul, un sol sin rigores irradiaba la majestad de su lumbre; Monserrate y Guadalupe, vigías en la muralla de los andes, se dibujaban nítidos y verdes. Las calles parecían vestir de felicidad, agitadas de gentes presurosas, al llamado de las campanas de su fe; en los atrios de las iglesias, la aglomeración de los feligreses era grande, como grande es el alma del creyente, cualquiera sea su devoción. Mientras tanto, yo, humilde judío de Polonia, pero con nueva piel, me aprestaba a recorrer los barrios bogotanos. (Guberek, 2009, p.52)

Después de su llegada a América Latina, el comercio fue el campo al que más se dedicaron los judíos, la figura del buhonero polaco en Colombia fue un referente constante de esta migración. Aquel vendedor ambulante que cargando sus mercancías recorría las calles de Bogotá, que pasaba recurrente con sus telas y ropa para subsistir, se convirtió paulatinamente en un hombre de negocios que con trabajo y sacrificio pudo salir adelante en estas tierras.

El buhonero o *Klappers*,¹⁴ era un vendedor eminentemente urbano, puesto que las veredas y el mundo rural estaban monopolizadas por “los turcos”, que ofrecían lo mismo que el judío al habitante del campo. La llegada no daba espera, había que ganarse la vida y la mañana acontecía con una maleta a cuestas, una libreta de apuntes y tres palabras castizas en la lengua:

Hace años, en las calles de la periferia de la ciudad, aparecieron gentes cuyo rostro y movimientos inseguros denotaban que eran forasteros en aquel ambiente. Tiraban de las manos pesados maletines, casi a ras del suelo y sus hombros iban cargados con montones de mercancías en que se veían cortes de paño, sobrecamas, mantas,

¹⁴ *Klapp*, palabra que en *yidish* se traduce como golpear a la puerta, se convirtió con el tiempo en una expresión para referenciar a estos vendedores.

cobertores, etcétera. Las cabezas emergían ahogadas bajo el farrago. Se expresaban en un lenguaje trabado que no parecía salir de la lengua, sino directamente del juego de las gargantas. “Turcos” los llamaba el pueblo. Golpeaban de puerta en puerta y las únicas palabras claras que sabían en castellano eran: ¿compran mercancías?

Poco a poco las calles se poblaron de esa gente. “Alemanes”, “rusos”, “polacos”, los llamaron entonces, o se les designaba con el nombre genérico de “*Mister*”. (Brainski, 1945, p. 56)

Más allá de algunas colonias migratorias en el siglo XIX, la presencia extranjera en Colombia ha sido claramente pequeña, por tanto la confrontación con lo forastero siempre ha estado signada por el desconocimiento y el aprendizaje.

Un extranjero en la década de los años ‘20 hasta los ‘40, era una persona a la que se le miraba con pasmo y a la que se le llegaba a parar en la calle para tocarle el cabello rubio tan inusual (Hernández, 2011, p.177).

Gringo, rubio, mono, *míster* son algunos de los adjetivos que circulan todavía al nominar al extranjero, estas expresiones se manifiestan en las obras, otorgándole cierta simpatía a las relaciones sociales establecidas:

Al principio nos llamaban *Míster*. ¿De dónde proviene ese nombre? Posiblemente se trataba del calificativo genérico para designar a todo extranjero. Unos afirmaban que éramos alemanes; otros que turcos; no faltaban los que nos consideraban franceses o griegos. Algunos se aventuraban a considerarnos judíos, pero como la leyenda nos señalaba como diablos con cuernos, y de mucho mirarnos no aparecían tales adornos, se pusieron a cavilar hasta descubrir el secreto de nuestra procedencia: éramos,

sencillamente, polacos, variable del gentilicio polonés. Se difundió, entonces, el nombre, utilizando no pocas veces con intención descriptiva: polacos, polacos, polacos. (Guberek, 2009, p.66)

En esta vida al centavo, estos *místeres* se iban integrando en el escenario nacional. La rutina de madrugar, embalsarse un fardo de mercancías, subir las empinadas cuestas de las calles bogotanas, recordar laberintos y fachadas, vender, negociar y descender con la libreta llena, fue el itinerario de muchos años de arduo sacrificio en Colombia.

Así continuaron varias semanas, tranquilas pero monótonas: caminar, golpear, ofrecer, vender, recibir centavos, extender recibos y poner al día la libreta de apuntes. A veces, en la puerta aparece una señora avergonzada que decía: "*Míster*, me muero de la pena pero ahí no hay dinero, la semana entrante seremos cumplidos". ¿Qué había pasado? Pues que el patrón de la casa, al salir del trabajo, no había resistido el ofrecimiento de los compañeros para tomar unas cervecitas, unita sola, una merita, y esa merita causaba la quiebra de las finanzas familiares. ¿Qué podía hacer el *Míster*? Callar, sonreír, inspirar comprensión, confianza, y esperar hasta el próximo domingo. (Guberek, 2009, p.52)

El puerta a puerta y la táctica comercial original de vender a plazos, hizo que una parte de la población mayoritariamente, la menos favorecida, pudiera calzar por primera vez unos zapatos o portar saco, hasta ese momento, prendas reservadas exclusivamente a los llamados "doctores", es decir, a las personas de la naciente clase media y alta capitalina.

- ¿Bogotá?

- Sí, una ciudad pequeña rodeada por montañas. Es más grande que este pueblo; pero se ve a la gente descalza en la calle. Los zapatos son un lujo. Si los usas a diario te llaman “doctor”.

- ¿Qué vendes?

- Vendo de todo un poco, nuestros mejores clientes son los campesinos y las sirvientas. Ellas encuentran mantas llenas de flecos que llaman pañolones. Les vendemos pañolones, abrigos y varios modelos elegantes. Pero hay más sirvientas que Señoras de sociedad. Las Señoras de sociedad no nos quieren. Ganamos el pan de cada día. (Bibliowicz, 1991, p.46)

En palabras de Michael Rabinovich, los *Klappers* democratizaron el vestuario:

Porque gracias a ellos, todo el mundo se pudo vestir en forma democrática. El pueblo andaba en harapos porque el vestuario era una forma de establecer las diferencias sociales. Los *Klappers* aprovecharon la coyuntura, consiguieron mercancías y fueron puerta a puerta vendiéndola. Cada semana volvían a cobrar una cuota acordada. Al pueblo le servía porque podía vestir prendas parecidas a las de las clases superiores y al *Klapper* le servía porque conseguía un medio independiente de subsistencia. (Rabinovich citado por Leal Villamizar, 2011, p.225)

Del mismo modo, el ex presidente Colombiano, Alberto Lleras Camargo en 1974 señaló que los judíos hicieron por Colombia una “humilde revolución”, mediante su oficio como comerciantes, el mercado bajo de precio y aquellas indumentarias “refinadas” que estuvieron al alcance de todos:

Esos judíos, como Guberek, inventaron el crédito a personas que siempre se juzgaron insolventes, tal vez porque lo eran. Después de colocar los artículos, establecían una

tabla mínima de pagos semanales, cinco centavos, un peso y volvían cada domingo - jamás el sábado sagrado, a pesar de ser día de pago- a recaudar su crédito de confianza a esos millares de personas humildes: artesanos, empleados domésticos, obreros no calificados, por todos los barrios pobres. Y no sólo en ellos, sino que buscaron, en la capa más pobre de la burguesía, a su clientela. Y la vistieron. Y cambiaron poco a poco la faz de una nación de campesinos en algo mejor, menos pintoresco, más uniforme, pero también más igualitario. (Lleras Camargo, 2009, p.280)

Los judíos primero se fueron instalando como mercaderes ambulantes, después como pequeños comerciantes y dueños de negocios de índole artesanal (panaderías, fabricación de alimentos y confecciones); fueron también, quienes posteriormente dieron el salto a la industria, quienes fundaron fábricas de textiles, industrias metalmecánicas, cervecerías y alimentos.

Según Salomón Kalmanovitz (1984) “la mayoría de estos negocios y empresas tuvieron éxito, especialmente en Bogotá” (p.323). “Los inmigrantes que llegaron después de 1933 conformaron el 41% del empresariado establecido en Bogotá. Varios comerciante judíos lograban prosperar con regularidad”¹⁵ (p.323), situación que comenzó a molestar a los empresarios colombianos a mediados de la década del ’30.

Las relativas ventajas que ofrecían y su forma de negocios fue lo que produjo el descontento en el país. La acumulación, el no pago de patentes, ni de locales y extender el sistema de crédito al consumidor, fueron los factores en los que estos buhoneros

¹⁵ Según Kalmanovitz (1984) esto se explica por qué “la gran movilidad que caracteriza a los emigrados, su propia inestabilidad y el hecho de que traigan consigo las calidades humanas que arraiga en el individuo el capitalismo (calcula racional, espíritu de ahorro, despersonalización de las relaciones humanas, etc.) los hace especialmente sensibles al medio y a las oportunidades de acumulación que dentro de él existen” (p.324).

revolucionaron fuertemente el sistema local y minaron a grupos menos innovadores dentro del comercio ya establecido. Las variadas denuncias que se gestaron desde los diarios y que llegaron incluso a las cámaras de comercio, caían directamente sobre el modo en que ellos hacían sus transacciones, y como su competencia veía en esto en un acto desleal al comercio “honesto”. Bibliowicz se refiere a este aspecto en su novela:

El Tiempo, en un editorial, se quejaba de la manera en que la ciudad se uniformó. Para decir verdad, el país se llenó de gentuza. Ahora con esas venticas a plazo, cualquiera viste paño inglés y no se distingue a los ruanetas de la gente de regias costumbres.

-¿Usted no cree que esas venticas a plazos son fatigantes? Deberíamos regresar al comercio de antes donde se pagaba al contado y punto. Cuando se tenía dinero se compraba y no se fomentaba tanta deuda. La usura, el fiado, son costumbres poco sanas (Bibliowicz, 1991, p.83).

Estas controversias, que en algunos casos no pasa de ser protestas y escaramuzas aisladas, en otras circunstancias puede convertirse en reacciones de sentida violencia y abuso “la resistencia social del país receptor muchas veces inhibe los esfuerzos del inmigrante por penetrar en las sociedades anfitrionas y consume cualquier aspiración por parte de la población étnicamente marcada por asimilarse”. (Briceño y Castillo, 2009, p.85).

En algunos casos estas reticencias terminan por superar las posibilidades de los migrantes y disparar una nueva diáspora o una nueva desterritorialización. En otros casos, los migrantes terminan por contener los ataques dentro de sus mismas comunidades y ofrecen respuestas a la marginación y el rechazo. Todas estas circunstancias están presentes en las obras analizadas, como en la realidad del migrante judío colombiano.

Dos mundos, dos ciudades

Para los años '30, Colombia seguía luchando con los rezagos de cuatro décadas de políticas conservadoras y recalcitrantes. Este decenio vio el acontecer de nuevos tiempos para una nación que había comenzado el siglo con una de las tasas más bajas de producción, educación e industria. Sus ciudades principales no superaban el millón

de habitantes y sus despliegues urbanísticos aún seguían apegados a las retículas impuestas por la colonia, en donde la vida cultural, social y política no superaba los márgenes de sus centros históricos.

Con el arribo de los gobiernos liberales -empezando por la presidencia de Enrique Olaya Herrera (1930)-, el panorama nacional comenzará a tener otros aires. Al contrario de los coletazos que la crisis del '29 dejó en muchos países latinoamericanos, Colombia aprovechó esta coyuntura para sacar adelante intensas políticas de industrialización: circunstancia que estimuló las migraciones internas y comenzó a modificar visualmente ciudades como Bogotá, en las que las nuevas dinámicas económicas apalancaron ampliaciones urbanísticas, y que al tiempo, incluían a nuevos sectores sociales como obreros, artesanos e industriales.

Las necesidades domiciliarias se refinaron y la exigencia de conectar los centros urbanos con otras localidades y latitudes se fue haciendo cada vez más apremiante. El arribo del transporte, como el tranvía, el tren y los buses interurbanos, comenzaron a delinear una nueva perspectiva de ciudad. Bogotá empezó a convertirse en una masa de cemento alumbrada, con bulevares y sitios de interés. El esparcimiento fue pensado como un descanso para las extenuantes jornadas laborales. Los intereses de los ciudadanos se complejizaron y nuevos centros de cultura y recreación aparecieron en las principales avenidas -cines, teatros y parques-; cafetines donde se empezaban a degustar distintos paladares, modas y vestidos que anunciaban que el país había entrado a otra esfera más moderna, más parisina o más inglesa, según la tendencia en boga.

No obstante, este escenario también comenzó a producir otros entramados urbanos periféricos y desarticulados; Bogotá comenzaba a convertirse en una ciudad de casuchas de palo y tejas de zinc; esta ciudad también convivía con la pobreza y el hambre, con el desamor y el destierro. La capital vio llegar a su sábana cientos de personas en procura de un mejor futuro y de una nueva vida. De estas realidades plácidas y adversas es de la que hablan estos autores judíos:

La Carrera séptima¹⁶, a las cinco y media de la tarde, repleta de gentes que asoman por todas las bocacalles, crece y tiene rumor y olajes, como un río cuyas aguas aumentan cada vez más por un sinfín de afluentes. Gente de cana edad apuran por un puesto en los tranvías, para quedarse lo más temprano posible en casa. Los jóvenes, a la puerta de los cafés o al pie de las vitrinas, gozan de los regalos de la vista, el máximo espectáculo, el teatro, la ópera, el ballet del mundo crepuscular bogotano. Es la hora de devorarse a las muchachas que pasan. Vendedores de lotería ofrecen a gritos los mismos 50.000 a todo el mundo. Tranvías atiborrados de pasajeros arman un *blitzkrieg* (guerra relámpago) de ruidos. Voceadores de periódicos anuncian las últimas noticias de la guerra y toda la calle zumba como una colmena. (Brainski, 1945, p.20)

Se encaminaron por la Avenida de la República, hacia el norte, cruzaron el Parque de las Nieves. Ruth quiso ver qué película presentaban en el teatro Rex, pero no alcanzó a leer los letreros. Al pasar frente a las modernas residencias de la calle 21, pensó que sería ideal vivir ahí. Sin embargo, era un sueño todavía lejano (...) En el auto, David giró hacia el occidente tomando la Avenida Caracas. Los pastos, algunos maizales, la fábrica de cerveza, anunciaban que la ciudad llegaba a sus extramuros. (Bibliowicz, 1991, p.176)

Este mundo de esplendor y bullicio es opacado por realidades más duras con las que los emigrantes comparten el cotidiano vivir -niños sin hogar, ancianos desahuciados, hombres fatigados y mujeres empleadas en hogares ajenos-, ellos mismo habitan casas derruidas y lejanas, donde el hambre y la miseria colman los confines de la capital:

¹⁶ Principal vía de Bogotá, antiguamente llamada calle Real o Avenida de la República.

Eran tugurios; sus ranchos no tenían ventanas y aunque habitaban en el corazón de la capital, rodeados por bosques y montañas, parecía que a éstas el aire puro les hubiese sido negado. Luchaban, trabajaban, sufrían, reñían, amaban, soñaban y rezaban allí apelotonados, sin pan, leche ni abrigo para sus endebles cuerpos. La diaria batalla de la subsistencia empezaba con la búsqueda de un poco de alegría, pero ésta, caprichosa y tacaña, no asomaba por esos contornos; y en ocasiones, un día de fiesta lavaba aquella amargura, como torrenciales aguaceros se lleva las basuras de la ciudad. (Guberek, 2009, p.57)

De los barrios con los que tanto me alarmaron; de esos lugares en los que el gasto de un peso se piensa mucho, antes de hacerlo; de esas casitas a medio-acabar, con ventanas que miran con sus huecos sin vidrios; de las caseras, que de los cincuenta centavos para el diario todavía encuentran manera de ahorrar para pagarle al *míster*; de esos niños carisucios y medio-desnudos que merodean por los basureros, para morir muy tempranamente a veces, ocasionando la inconsolable desventura de las mamás, que meses después los reponen, trayendo una nueva criatura al mundo: de esos trabajadores que después de la semana de agobiadora labor, todavía encuentran tiempo y fuerzas para dedicar mediodía del domingo a la enorme fábrica de la iglesia del barrio; de estos papás, de estas mamás y de estos hogares, quiero hoy contar. (Brainski, 1945, p.99)

Quizás no nos volveremos a ver ;Y así fue!

El periodo del nazismo fue doloroso, desgarrador para nosotros. Los escasos ahorros acumulados en los cuatro o cinco años precedentes, ya no nos pertenecían.

Cuántas veces, al caer la tarde, vencido por la fatiga y el sueño, antes de buscar el

alimento y la tranquilidad del lecho, pensaban las angustias de mi familia, de mi patria y nuestro pueblo. Me parecía ver el rostro sagrado de mi madre cuando, entre sollozos y lamentos, nos despedimos en la estación de Varsovia; arrugada, empequeñecida por los años y los sufrimientos, triste, muy triste, me dio los últimos besos diciéndome: adiós, adiós hijo mío... Quizás no nos volveremos a ver. Y así fue. (Guberek, 2009, p.104)

Y llegaron los días terribles, los años de la persecución y del desenfreno, miles de judíos europeos huían por salvar sus vidas, para no perecer víctimas de la hecatombe que se avecinaba. Los años del nazismo y de la desaparición de la población judía son también elementos presentes en estos trabajos. Dentro de las perspectivas del migrante, una de las variables a analizar es la de la posibilidad del retorno o la eventualidad del encuentro. En este caso, cuando los márgenes de libertad son tan escasos y los derechos son coartados al límite de negar a sus poblaciones, ni el retorno, ni el reencuentro son perspectivas viables.

Los judíos colombianos establecidos entre los años '20 y '30 ven como lentamente las noticias de sus familiares se difuminan en humaredas de confusión. Noticias inconexas revelan sucintamente maniobras siniestras donde poblaciones enteras desaparecen: ocupaciones, guetos, campos de concentración, comienzan a ser palabras que alteran su atención. Comités de ayuda, organizaciones humanitarias, trámites de visas y permisos van y vienen. Grandes sumas de dinero se acopian para salvar al menos una vida. El saldo total de las familias son destruidas y la ya acostumbrada soledad se vuelve más espesa y dolorosa, la historia les ha arrebatado a sus familiares en la infinita impotencia de no poder hacer nada.

Llegó el año de la Segunda Guerra Mundial; desde hacía un lustro se sentía en Europa el pesado sofoco Hitleriano, cada vez más sombrío y asfixiante. Ella repercutía hondamente en las fibras de nuestro ser. Austria había sido anexada al

Reich, Checoslovaquia estaba completamente dominada por la bestia nazi, y Polonia estaba en el turno siguiente. Los primeros campos de concentración habían aparecido; las víctimas crecían, y el temor por el mañana se apoderó del mundo. La historia falsificada tomó paso de ganso y, como en las épocas más negras del hombre, el pueblo judío fue señalado para llevar la peor parte. (Guberek, 2009, p.96)

Un férreo anillo nos apretaba el corazón: Europa estaba en llamas el aullido de la hiena contra nuestro pueblo cubría los ámbitos del mundo. Y nosotros aquí, en un país tranquilo, mecidos por los dulces vientos de su democracia, recorriendo confiadamente caminos de hermosas regiones, en busca del provecho material por nuestras fatigas de vendedores e industriales. Nos considerábamos egoístas, y, aunque no expresamos nuestros sentimientos recónditos, percibíamos el señalamiento de culpables. Culpables de tener noches tranquilas, de tener cena y cama aseguradas para el sueño reparador, y saber que la mañana siguiente nos esperaba el baño confortable, ropa limpia y el desayuno nutritivo. ¿Pero ellos? Miseria, miedo y muerte era lo único seguro sus destinos. Millones de seres víctimas del maniático que pensó convertirlos en jabones, peines y ensayos de laboratorio. (Guberek, 2009, p.99)

Los cielos bogotanos en su gélida espesura no colmaban el desconcierto, hombres y mujeres caminaban por sus calles con la tristeza a cuesta. Gran parte de estos migrantes no lograban reponerse de su pérdida, otros comenzaron a integrarse con la tímida presencia de nuevos exiliados, estos no eran los judíos de siempre, con la esperanza de la fortuna y el progreso, estas personas eran sobrevivientes de la barbarie que con sus vidas despedazadas hicieron de Bogotá y de Colombia otro destino, otra patria y otro

proyecto.

Llegaron tiempos más amargos.¹⁷ Los periódicos trajeron noticias angustiosas y listas de las ciudades y pueblos sobre las cuales las bombas de Hitler sembraron muerte y destrucción. Entre los lugares afectados, el viejo Moisés halló un día el nombre de su aldea. Por una semana, las maletas de mercancía entraron en orfandad. Ya no le quedaba nada al viejo en su corazón.

Pero la vida es más fuerte que todo. Después de ocho días, el viejo Moisés hizo la paz con sus maletas, y la primera puerta que sus dedos golpearon fue del cuarto de la vieja Julia.

- Vendo mercancía- y con voz de cisterna enumeró los artículos que yacían en el vientre de sus maletones.

- Gracias- contestó Julia. Por ahora no necesito nada.

- Tengo batas, carteras, sobre camas de seda, mantas de lana- y la voz de Moisés sonó maquinalmente y sus ojos expresaban resignación, como diciendo: "mantas, sobrecamas, carteras, como quiera; compre o no compre, a mí me da lo mismo ya".

Y se dispuso a salir. La mirada de Julia se clavó en aquel rostro lleno de amargura.

El eco maquinal y como carcomido por la herrumbre que salía de la voz del viejo

Moisés, apretó el corazón de Julia. Con blando acento, le dijo:

-Venga, viejito, muéstrame sus mercaderías.

Como viajando por las nubes el viejo comenzó desempacar sus maletas; y cuando sacó una linda bata de seda, un suspiro se escapó del pecho de la vieja.

- Sí, señor. Si mi Rosita viviera, necesitaría una bata de estas. Mire- le mostró el retrato sobre la pared, cerca de la Virgen.

- Hace seis años que se fue el alma mía- Y le contó al forastero su gran desgracia.

¹⁷ Este relato es tomado del cuento de Brainski (1945) llamado *Vidas Truncas*.

Lágrimas y lágrimas rodaban sobre las marchitas mejillas de la vieja. - Antes había para que vivir, pero hoy...

En el corazón del viejo Moisés un calor se levantó. En las lágrimas de la vieja colombiana sintió su propio dolor. Pensaba en su alma cargada, y al fin, en un raro castellano, exclamó:

- Mire, señora, usted no tiene para quien comprar, yo no tengo para quien vender, porque mi alma, también, allá lejos quedó destrozada.

- ¡Pobrecito! ¡Pobrecito!-suspiró la vieja sobre el destino del judío. - La vida suya y la mía son ya dos cosas trucas.

- Ya cargaremos así nuestros años hasta la tumba- le contestó el viejo Moisés, lanzando un hondo suspiro.

- ¡Que han hecho del mundo!- gimió la vieja Julia. Siéntese, viejito; voy a hacer café.

Y ambos sintieron que todavía no se había destrozado todo en el género humano.

(Brainski, 1945, pp.58-60)

Los desplazamientos, los cambios de sitio y de vida, las dislocaciones y desavenencias, pero también los encuentros con el otro, con la diferencia y la exclusión, son condiciones presentes y continuas en la migración. Todos estos elementos son destacados en las obras analizadas y discutidas. Partiendo de las narrativas vivenciales de Brainski y Guberek, con su expectación y continua observación de un país nuevo y desconocido. Narrativas y crónicas que dibujan otras territorializaciones, no solo físicas, sino también culturales. En idiomas diaspóricos como el *yidish* o en diálogo con el español en las letras de Bibliowicz.

Estos tres trabajos no hablan de una Colombia distinta y mezclada, un país que creció en medio de la herrumbre y el cemento, de la zozobra, el hambre y la guerra. Amplias manifestaciones que conversan con la realidad de los migrantes, agobiados por el hambre, por la extrañeza, la soledad y la persecución. En estas escrituras también se

conservan rasgos históricos, que de no ser por su lectura, quedarían en el olvido: como los fenómenos urbanísticos, los cambios sociales en las primeras décadas del siglo, las políticas en materia migratoria y las transformaciones laborales e industriales, de las cuales los extranjeros, y en este caso los judíos, hicieron parte. Letras para revisar y analizar, para aseverar el contenido de aquella interculturalidad, de la cual Colombia se siente tan afectada y orgullosa.

Bibliografía

Avni, H. (2003). La Guerra y las posibilidades de rescate. En A.A Milgram Avraham. (Ed). Entre la aceptación y el rechazo: América Latina y los refugiados judíos del nazismo (pp.13-37). Israel: Yad Vashem.

Bibliowicz, A. (1991). El rumor del astracán: al llegar a América, Ruth una joven inmigrante descubre los caminos del deseo. Bogotá: Planeta Colombiana Editorial.

Brainski, S. (1945). Gentes en la Noria. Buenos Aires: Editorial Judaica

Briceño, X. y Castillo, D. (2009). Diáspora. En A.A Szurmuk, M. y MckeeIrwin, R. (Ed). Diccionario de Estudios Culturales Latinoamericanos (pp.83-87). México: Instituto Mora: Siglo Veintiuno Editores

Germani, M. y Obert G. (2012). Configuración de identidades diaspóricas en cuentos irlandeses contemporáneos. Anuario Facultad de Ciencias Humanas, 10 (1), 1-9. UNLPam.

Goldemberg, I. (1980) La vida a plazos de Don Jacobo Lerner. Lima: Ediciones del Norte.

Guberek, S. (2009). Yo vi crecer un país. Bogotá: Siglo del Hombre Editores.

Guberek, S. (2009). Crónicas Testimoniales Colombianas. Bogotá: Siglo del Hombre Editores.

Hernández, J. (2011). La emigración judía ¿Colombia, país de asilo?, años 20, 30,40. En: Sourdis Najera, A. y Velazco Rojas, A. editores. Los judíos en Colombia: una aproximación histórica. Madrid: Casa Sefarad Israel.

Isaacs, J. (2005). La María. Medellín: Editorial El Viento en las Velas.

Kalmanovitz, S. (1984). *Economía y Nación: una breve historia de Colombia*. Bogotá: Siglo XXI Editores.

Kordon, B. (1978). *Manía ambulatoria*. Buenos Aires: El Ateneo.

Leal Villamizar, L. (2001). Colombia frente a la cuestión judía. En: Sourdis Najera, A. y Velazco Rojas, A., editores. *Los judíos en Colombia: una aproximación histórica*. Madrid: Casa Sefarad Israel.

Lleras Camargo, A. (2009). Una humilde revolución judía. En A.A Guberek, S. *Yo vi crecer un país*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores.

Orrantía, M. (2012). La escritura creativa en Colombia. *Literatura: teoría, historia, crítica*, 14 (1). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Pecar, S. (1958). *La generación olvidada*. Buenos Aires: Editorial Candelabro.

Ruiz Sánchez, A. (2005). Desterritorialización y Literatura. *Literaturas de exilio y migración en la era de la globalización*. *Migraciones y Exilios*, 6, 101-112.

Rueda Enciso, J. (2011). Jorge Isaacs y Juan Friede, pioneros de la modernidad colombiana. En: Sourdis Nájera, A. y Velazco Rojas, A., editores. *Los judíos en Colombia: una aproximación histórica*. Madrid: Casa Sefarad Israel.

Senkman, L. (1983). *La identidad Judía en la literatura Argentina*. Buenos Aires: Editorial Pardes.

Schifter, J. (2013). *Hitler en Centroamérica*. Costa Rica: Chiado.

Sourdis Nájera, A. (2011). Los judíos y el trato ilícito: “El camino de Jerusalén”. En: Sourdis Nájera, A. y Velazco Rojas, A., editores. *Los judíos en Colombia: una aproximación histórica*. Madrid: Casa Sefarad Israel.

Tarica, E. (2009). Heterogeneidad. En A.A Szurmuk, M. y Mckee Irwin, R. (Ed). Diccionario de Estudios Culturales Latinoamericanos (pp.1340.134) México: Instituto Mora: Siglo Veintiuno Editores.

Vilanoba, N. (2009). Desterritorialización. En A.A Szurmuk, M. y Mckee Irwin, R. (Ed). Diccionario de Estudios Culturales Latinoamericanos (pp.78-82). México: Instituto Mora: Siglo Veintiuno Editores.

Vidales, L. (2009). Prólogo. En A.A Guberek, S. Yo vi crecer un país. Bogotá: Siglo del Hombre Editores.

Williams, R. (2003). Palabras Clave: un vocabulario de la cultura y de la sociedad. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.